CAPITULO IV.

ARBACE Y CALENO.—NUEVOS PROYECTOS.—LO QUE PASÓ CON IONE.

Un hombre alto, de fisonomía severa, de ojos negros y penetrantes, se encuentra sentado y pensativo en una pieza lujosamente adornada, donde apenas penetra la brillante luz del dia, detenida por las ricas cortinas que velan las doradas puertas.

En la palidez de su semblante, en el movimiento lánguido de sus brazos, que los levanta de vez en cuando para llevar la mano al hombro, como acometido de algun dolor agudo, en el sombrío tinte que nubla su frente y en los suspiros que de tarde en tarde se escapan de su pecho, se revela que aquel hombre sufre física y moralmente.

Nadie hay en la pieza que ocupa.

Con los ojos clavados en el suelo, y con la cabeza inclinada sobre el pecho, nuestro personaje parecia entregado á sérias meditaciones que absorbian todas sus potencias.

Un individuo de repugnante fisonomía y de aspecto innoble, se presentó en aquel instante en la puerta de la pieza, en cuyo umbral se quedó quieto sin atreverse á entrar.

El personaje que estaba sentado, levantó la cabeza al escuchar sus pasos, y exclamó con acento débil:

—¿Eres tú, Caleno? Acércate.

—¿Cómo os sentís?—dijo Caleno llegando con respeto á donde estaba el gran sacerdote de Isis.

—Algo mejor del cuerpo; pero muy mal del espíritu—contestó el egipcio.

—Aliviaos del golpe recibido de la estatua, que despues os será fácil del mal que sufre el alma.

—¡Fácil!—exclamó en tono de duda Arbace.

—Sin duda.

—No lo creo yo así.

—¿Por qué?

—Frustrado el primer plan, y conocidas las miras con que fué dispuesto, no es fácil que la persona que se libró de él se exponga á caer en otro.

—Siempre el débil está expuesto á ser víctima del poderoso. Podrá por algun tiempo huir de sus lazos, pero al fin caerá en ellos.

—Pero deseo que ese fin sea pronto.

—Y lo será.

—Si una equivocacion como la pasada no viene á echar por tierra nuestras disposiciones.

—Esa equivocacion no se repetirá.

—Cuando yo creia que el golpe estaba seguro: cuando imaginaba que mi plan era infalible; cuando juzgué á Ione próxima á sucumbir, y á Glauco aherrojado y preso por los hombres que habias mandado que le sorprendiesen en el camino, me ví, de repente, sin el objeto de mi amor, y burlado por el odioso rival que envió el infierno.

—Sí; el infierno le favorece á ese hombre; de lo contrario era imposible que se hubiese salvado de caer en manos de los que le esperaban.

—¡Imbéciles! Confundir al confidente que enviaste á Herculano para que espiase sus pasos, con Glauco!.....

—¿Qué quereis? La casualidad dispuso que ese confidente montase, como el ateniense, en caballo blanco, y que saliendo de Herculano antes que vuestro rival, sin duda para darme parte de que Glauco volvia, fuese víctima de un error: la oscuridad de la noche; la sombra de los árboles; el traje distinguido con que mi enviado se disfrazó para poderse presentar en cualquiera parte pública á donde se dirijiese Glauco, con objeto de escuchar cuanto dijese; la ignorancia en que estaba de que á Glauco le esperaban ocultos esos hombres, así como ellos no sabian que ese confidente mio existia, dió por resultado la muerte de un fiel servidor nuestro, y el triunfo de vuestro infame rival.

—Fué gran descuido tuyo no haber puesto en conocimiento de los que esperaban al ateniense en el camino y de tu enviado á Herculano, todas tus disposiciones.

—Es que nunca me imaginé que aquel que envié á observar, se pusiese en camino antes que el observado.

—Y sin embargo, todo lo debiste preveer.

—Es cierto.

—Por esa imprevision, me ha sido arrebatado el bien que idolatro, sin que ni tú ni esos imbéciles de esclavos notasen ni la entrada de Glauco en mi casa, ni su salida conduciendo en sus brazos á Ione, y seguidos de Apoicide.

—Señor, el terror que se apoderó de todos ellos en el terrible terremoto que se dejó sentir en aquel instante, les hizo salir á la calle sin que pudiesen fijar la atencion en otra cosa que en el peligro que les amenazaba: yo fuí el único que permanecí en mi puesto; pero este puesto era la sala de donde se hacia imposible descubrir nada, y como me habíais dado órden de que nadie se acercase á la pieza en que estábais con vuestra pupila, é ignoraba lo que acontecia en ella, la entrada y salida de vuestro rival no tropezó con obstáculo ninguno.

—¡Oh!..... si el golpe recibido por la estatua no me hubiese privado de sentido, Glauco

hubiera caido bajo mis piés como habia caido Apoicide; pero me hallaba sin conocimiento, tendido en tierra bajo la estatua de Isis, y el infame pudo arrebatarme á Ione sin temor de perecer entre mis manos.

—Lo que á mí me asombra es cómo Apoicide pudo entrar antes del terremoto en la casa, sin que nadie advirtiese su llegada.

—Un olvido mio le proporcionó la manera de presentarse sin ser visto.

—¿Será posible?

—Para la entrevista que con él tuve, le hice entrar por la puerta secreta; y como conocia la señal para entrar, y á mí se me olvidó dar órden al que la cuida, para que á nadie dejase pasar, alcanzó su objeto fácilmente.

—Pero ¿quién le dió aviso de lo que ocurria, para que se presentase de improviso?

—Eso es lo que ignoro.

—¿No sospechais de alguno de vuestros esclavos?

—No; porque mis esclavos están bien persuadidos de que á pesar de mi tolerancia y de mi excesiva amabilidad con ellos, castigaria con la muerte esa falta.

—Lo cual seria muy justo.

—Pero ocupémonos de lo que puede sobrevenir por la muerte de ese servidor tuyo.

—Ya os he dicho que con respecto á ese asunto, nada teneis que temer: por fortuna quedó muerto en el acto, y ninguna cosa le ha sido posible descubrir á la justicia.

—¿Y los que por equivocacion le mataron?

—Están en Pompeya, y nadie sospecha de ellos.

—Bueno: lo digo por tí, que eres el que dispuso ese golpe sin mi consentimiento.

—Perded cuidado: ya os dije que toda la responsabilidad pesa sobre mí.

—¿Y Ione? ¿La has visto? ¿Ha asistido á la procesion de hoy?

—No señor.

—¿Y has dicho á todos los sacerdotes, que una indisposicion repentina me ha impedido asistir á los sacrificios?

—Sí señor.

—¿Y nadie sospecha la verdadera causa?

—Nadie.

—Está bien; vete, y continúa vigilando los pasos de Ione y de Glauco.

—Lo haré así.

—Los astros me habian anunciado que una piedra caida de lo alto me amenazaba, y el pronóstico tenia que cumplirse; pero ese peligro ha pasado ya, y nada debo temer en lo sucesivo. El porvenir es mio, y preciso es aprovecharlo. Vela tú mientras yo medito un plan seguro para mi triunfo; y cuando haya recobrado la salud, cuando la fuerza haya vuelto á mis miembros, entonces nos valdremos de medios infalibles para realizarlo.

—Así lo espero.

—Trabaja, y tu recompensa será espléndida.

—Contad con mi empeño.

—Los dioses te guarden, Caleno.

—Ellos os den el triunfo que anhelais.

Caleno hizo una profunda reverencia al egipcio, y salió de la pieza contento de merecer aun la confianza del gran sacerdote de Isis.

Este, al quedar solo, meditó en la observacion de su confidente.

Pensó que, en efecto, algun esclavo suyo pudo haber dado parte á Apoicide, de que su hermana se encontraba en su casa.

Sin embargo, esta idea fué desechada al momento.

Arbace estaba persuadido de que nadie se hubiera atrevido á dar un paso que descubriese ninguno de sus actos.

Pero á pesar de esta persuasion, el egipcio cabilaba, y no se atrevia á fijarse en ninguna de las ideas que le asaltaban.

¿La aparicion de Apoicide en el sitio de la escena en los instantes en que trataba de vencer á su pupila, habia sido una casualidad, ó el resultado de un aviso?

Arbace no acertaba á darse una contestacion satisfactoria á esta pregunta.

Pero si á él le era imposible dar con la verdad, el lector debe conocerla para saber cómo se operó aquel suceso que contribuyó en gran parte á echar por tierra los inícuos planes del ministro de Isis.

Anhelando Nidia cumplir con el encargo que Glauco le habia dado al partir hácia Herculano, de manifestar á Ione su acendrado amor, y el motivo que le obligaba á salir de Pompeya por aquel dia, se dirijió á la casa de la pupila de Arbace.

Era por la tarde, y precisamente en los instantes en que la hermosa Ione habia salido á visitar á la superiora de las Vestales.

—Mi ama ha salido—le dijo una esclava.

—¿A dónde?

—Lo ignoro; pero sé que no vendrá hasta muy tarde, pues al ocultarse el sol debe marchar á casa de Arbace.

—¡De Arbace!

—Sí, querida Nidia.

—¿Y con qué objeto?

—Lo ignoro; pero él le citó para tratar de un asunto muy importante.

—¿Y tiene conocimiento de esa entrevista su hermano Apoicide?

—Entiendo que no, porque nos ha encargado que no le digamos donde se halla si pregunta por ella.

—¿Y está Apoicide en casa?

—Ha estado todo el dia fuera de ella, y aun no viene.

—Está bien.

Nidia se despidió de la esclava sin cruzar mas palabras.

La cieguecita temió que la cita dada por Arbace, no fuese mas que un lazo tendido para perder á Ione.

Conocia la astucia y la maldad que encerraba el corazon del egipcio, y sospechó que tramaba algo contra la felicidad de su pupila y de Glauco.

Dominada por este pensamiento, se dirijió inmediatamente á casa de su amo, escribió á toda prisa los breves renglones que conocemos, y que Glauco recibió en el teatro de Herculano; hizo montar á caballo á uno de los esclavos; le entregó el papiro encargándole que partiese á todo galope para ponerlo en manos de su amo, y en seguida salió á buscar al hermano de Ione.

Nidia sabia por Glauco, que Apoicide se dirijia comunmente á un bosquecito próximo á la bahía, donde se paseaba entregado al estudio, afanoso por buscar la verdad.

Nidia, acompañada de un esclavo, marchó hácia él, segura de que si allí estaba, el hermano de Ione le hablaria.

Al llegar al bosque, cruzaron por él en todas direcciones, sin que á nadie encontrasen.

Entonces se dirijió hácia otro punto solitario, próximo á la orilla del mar, que era uno de los que escojia para sus meditaciones Apoicide.

La afanosa cieguecita llegó; pero sus pasos fueron inútiles.

Apoicide no se encontraba allí tampoco.

Nidia se aflijió.

El aire suave y fresco que bañaba su rostro, y la calma que por todas partes reinaba, le hicieron comprender que la luz del sol empezaba á ocultarse.

Esto la hizo estremecerse.

La esclava de Ione le habia dicho que á la caida del sol debia la hermana de Apoicide hallarse en casa del egipcio.

Nidia, alarmada por la idea de que Arbace habia tendido un lazo á la virtud de su hermosa pupila, corrió entonces hácia el templo de Isis.

—Tal vez le encuentre allí—dijo—y apresuró cuanto le fué posible el paso.

Nidia llegó al templo, y guiada por el esclavo que la acompañaba, se acercó á la balaustrada.

—¿Ves á alguien?—le preguntó al esclavo.

—A nadie.

—Llama—dijo la cieguecita con impaciencia—de dia y de noche hay siempre aquí un sacerdote que cuida el templo.

El esclavo llamó, pero no alcanzó respuesta.

—¿Aun no ves á nadie?

—No.

—Sin embargo, yo he escuchado un suspiro. Mira bien.

El esclavo obedeció, y en esta vez percibió entre las sombras un hombre, cuyas blancas vestiduras indicaban ser un sacerdote, el cual parecia entregado á una profunda meditacion.

—Sacerdote de Isis—exclamó la jóven ciega—escúchame.

—¿Quién me llama?—contestó una voz ahogada y melancólica.

—Una persona que tiene cosas muy importantes que comunicar á un miembro de vuestra corporacion. Yo vengo á revelar, y no á pedir á los oráculos.

—¿Eres tú, Nidia?—dijo Apoicide acercándose, pues no era otro el sacerdote que la ciega acababa de encontrar.

—¡Bendito sea Dios! A vos precisamente es á quien yo buscaba—exclamó la ciega al reconocer al ministro de Isis por la voz.—Vos habreis, sin duda, oido hablar de los engaños de Arbace.

Un suspiro doloroso se escapó del pecho del hermano de Ione.

Nidia añadió:

—Pues bien; yo temo que en este instante, vuestra hermana sea la víctima de esos engaños.

—¡Oh!..... imposible!..... Arbace no se atreveria.....

—Digo la verdad. Ione se halla en casa del gran sacerdote.....

—¡Cómo!

—Pero no perdamos el tiempo si queremos salvarla: volemos en su auxilio.

—¡Oh!..... sí, volemos: mi corazon teme: ¡Oh dioses!..... protejed..... ¿Pero hay dioses? ¡Ay! al menos existe una diosa: la venganza!

Nidia hizo volver á casa al esclavo, y siguió á Apoicide por las calles mas solitarias.

El hermano de Ione, ciego de ira, llegó al jardin que rodeaba la casa de Arbace.

Apoicide llamó á la puerta secreta que le habia sido abierta la víspera, y como pronunció la palabra convenida, dada al esclavo que guardaba aquella entrada, no puso ninguna dificultad en dejarle pasar en union de Nidia, que se quedó en el jardin.

Lo que pasó despues entre el egipcio y Apoicide, el lector lo conoce ya.

En los momentos del terremoto, y cuando el hermano de Ione yacia derribado en tierra por el ministro de Isis, y este se veia sin sentido por el golpe recibido por la estatua, vimos entrar un hombre en el teatro de los acontecimientos.

Aquel hombre era Glauco que, avisado por la carta de Ione, y salvado por la casualidad de que le precediera en el camino el confidente de Caleno que fué la víctima, llegó á Pompeya sin contratiempo ninguno.

Al llegar á su casa preguntó por Nidia, y no encontrándola, dejó su caballo, y corrió al palacio de Arbace cuando el portero y los esclavos abandonaban el edificio por temor del terremoto.

Glauco, merced á esta circunstancia, logró llegar al sitio en que estaba su amada, á la cual, tomando en sus brazos, logró salvarla.

Apoicide, que recobraba sus fuerzas en aquel instante, les siguió lleno de alegría, dejando al egipcio tendido en tierra y sin conocimiento.

Al llegar al jardin, encontraron á Nidia que estaba orando detras de unos abetos, pidiendo á Dios por el buen éxito de Apoicide.

Glauco, al verla, le dió las gracias por el aviso que le habia enviado, y diciendo á Apoicide que la condujese de la mano, salieron á la calle sin que nadie les impidiese el paso.